

Recuerde este anuncio:

Número almanaque

de

La Novela Semanal
Cinematográfica

Lujoso álbum

para las postales del
año 1924, obsequio.

TODOS COLECCIONISTAS DE
ESTA NOVELITA SE APRESU-
RARÁN EN ENCARGAR EN SU
QUIOSCO O LIBRERÍA EL CI-
TADO NÚMERO ALMANA-
QUE, CON EL CORRESPON-
DIENTE ÁLBUM DE LUJO.

E. VERDAQUER MORERA.—TOPETE, 16.—TARRASA

La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 122

25 cts.



EL
SARGENTO
O'MALLEY

por
William S. Hart
Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono 4423-A
BARCELONA

AÑO III

N.º 122

El Sargento O'Malley

(O'MALLEY OF THE MOUNTED, 1920)

Dramática producción en cuyo papel de protagonista hace una brillante creación el eminente artista

WILLIAM S. HART

PARAMOUNT PICTURES CORPORATION

EXCLUSIVA DE SELECCINE, S. A.

PROGRAMA AJURIA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HOUSE PETERS

El Sargento O'Malley

Argumento de la película de dicho título

Pocas tradiciones y pocos prestigios tan limpios como los de la Real Policía Montada del Canadá, que tiene el orgullo de que sólo ante la muerte hace alto en la persecución de los criminales cuya captura se le encomienda.

En uno de los puestos avanzados de aquella organización, firme, inexorable y fiel a sus tradiciones; en las inmensas llanuras del Canadá, donde son inacabables las distancias; el guardia de la Policía Montada, con su rojo uniforme, es el augusto y temible representante de la ley.

Mac Gregor, jefe de las fuerzas de la Policía Montada del Distrito, relevó a dos subalternos de la misión que les había encomendado, y mandó llamar al sargento O'Malley.

El Sargento O'Malley, veterano de la Policía Montada, conocía al dedillo las profundas gargantas y los complicados vericuetos de la comarca, y tenía fama entre sus camaradas de

no haber fracasado nunca en ninguna de las misiones que sus jefes le confiaran.

Al enterarse de que el jefe le requería a su presencia, dijo al que le traía el recado:

—¿Qué me querrá? ¿Darme una semana de vacaciones o reñirme porque he tardado un año en echarle la garra a ese indio medio idiota?...

—No sé, pero el caso es que quiere hablarte. El sargento, apuesto y arrogante mozo, personóse en el despacho del jefe.

—A la orden, mi Capitán.

El oficial le habló como sigue:

—O'Malley, apenas acaba usted de llegar y no ha tenido tiempo de reponerse de las fatigas de su última misión... Reconozco que es una injusticia darle nuevas órdenes, pero tengo un asunto difícil que no me decido a confiárselo a ningún otro.

—¿De qué se trata, mi Capitán?

—Se trata del caso de La Grange.

—¿Ha hecho La Grange alguna de las suyas?

—No. La Grange ha muerto. A quien buscamos es al que lo mató.

El sargento hizo una mueca que demostraba su desagrado. ¿Quién había podido matar a La Grange? ¿No habría tenido motivo más que suficiente el asesino para cometer su crimen? ¿No era acaso La Grange un pendenciero?

El Capitán advirtió el gesto de desencanto de O'Malley, y continuó:

—Creí que sería una misión de su gusto, pero, a juzgar por la cara que ha puesto usted, veo que no le hace mucha gracia.

—Uno no puede escoger los asuntos que más le agradarían, mi Capitán. Y el sargento O'Malley sabe amoldarse a todas las circunstancias, mi Capitán.

—De sobra es conocido su amor al oficio, sargento. Pues bien; lo poco que sabemos del caso está contenido en ese informe. Léalo detenidamente, y si quiere encargarse del asunto... ensille su caballo cuando guste...

O'Malley separóse un tanto del jefe, y tomó conocimiento de los documentos que le entregara.

Leyó:

*Real Policía Montada del Canadá.
Central de Estabrook.*

Abril 14 de 1924.—Núm. B 32891.

NOMBRE: Víctor La Grange.
DELITO: Fué muerto violentamente en su propia taberna en Del Ruth.
CAUSA: Se desconoce.
DESCRIPCIÓN: Incompleta y sin detalles útiles.
INFORME DE: Farrel y Smith.

—:—

*Al Oficial Comandante de la División n.º 2.
Señor: Tengo el honor de informar lo siguiente:*

Seguimos el rastro que llevaba hacia la frontera y pudimos ver que el perseguido llegaba hasta campamento cercano al pueblo de Chatow, al oscurecer de la tarde del día 6. Esperamos a que llegara la noche y nos apro-

ximamos al campamento, en donde nos apoderamos de su caballo y tratamos de capturarlo. pero cuando llegamos al sitio donde esperábamos verlo, había desaparecido misteriosamente...

—:—

*Al Oficial Comandante de la División n.º 2.
Señor: Volvimos a encontrar el rastro más tarde a eso de medio día del 7, y lo vimos a pie subiendo por una cañada, dándonos cuenta de que se había puesto en nuestras manos, porque no tenía caballo. Tomamos nuestras providencias y, una vez que con anteojos de larga vista nos dimos cuenta del sitio en que se hallaba, decidimos darle alcance, pero no pudimos dar con él, viéndonos a volver sobre nuestros pasos, por ser aquellos lugares sumamente peligrosos para un escaso contingente de policía.*

Al terminar la lectura del informe de los subalternos relevados por el Jefe, O'Malley opinó:

—Tiene que ser muy interesante hacer prisionero a ese individuo. Me parece que lo agarraré por mi cuenta.

—Es posible que tenga usted que trabajar al otro lado de la frontera.

—Iré a donde sea preciso, mi Capitán.

Aquel mismo día, el sargento O'Malley, ateniéndose a las indicaciones del informe, se encaminó, caballero en su precioso potro Nigger, hacia el sur.

En camino vió un cartel fijado en un árbol. Decía el anuncio:

FORKED CITY

Semana de fiestas. Agosto 6

Forked Forked
Cowboys Caballos

5.000 dólares en premios

La Comisión de Fiestas saluda a
los forasteros.

O'Malley resolvió quedarse en Forked City, para empezar sus indagaciones, y espoleó a Nigger en dirección a ese pueblo.

En Forked City se celebraban algunas importantes fiestas según tradicional costumbre de todos los años en aquella época.

El *sheriff* del lugar y su distrito, Suprema Autoridad, Hardigan, aseguraba con satisfacción:

—Esta fiesta va a ser mejor que cualquiera de las que se han celebrado aquí desde hace diez años.

Ese presagio no dejaba de ser una hipótesis como cualquiera otra; sin embargo, era cierto que aquel año el importe de los premios era crecido y que sería buen cebo para atraer a muchos forasteros.

Repentinamente aparecieron numerosos jinetes en la carretera cabalgando briosamente hacia el pueblo.

—Señor *sheriff*, esos jinetes, que vienen camino abajo, son de la montaña. Y montañeses son también sus caballos—dijo a la autoridad un vecino de Forked City.

—¿No será la banda de Monte Calvo que viene a hacernos una visita?—terció otro.

—No, no creo que se atrevan a venir al pue-

blo. Hay mucha gente estos días—contestó el *sheriff*.

La banda de jinetes, que llegara un poco después, desmontó sus cabalgaduras, y el que tenía más edad, y que parecía asumir el cargo de jefe, avisó a los demás:

—Hemos venido aquí a ganar dinero. Es preciso que todos andemos juntos, y sin probar nada de aguardiente.

Mostráronse todos conformes, y se esperó con impaciencia el día del gran concurso de dominar potros salvajes.

O'Malley, vestido de cow-boy asistiría también a la importante exhibición de concursantes.

*
**

El gran día ha llegado.

Una muchedumbre se apiña para presenciar el espectáculo único en su género.

Algunos miembros de la banda de montañeses salieron vencedores en varias pruebas.

Y le tocó el turno a lo más vistoso del concurso: el campeonato mundial de montar potros indómitos.

El jefe de los montañeses apostó mil dólares a que ganaría uno de los tuyos, Bud Lannier, un muchacho joven, y el propio *sheriff* aceptó la apuesta. Entre otros varios vecinos ocurrió lo mismo, y O'Malley, simple espectador con los ojos muy abiertos, fué escogido al azar depositario de las jugadas.

Bud Lanier montó diestramente el potro más bravo de Forked City, y le correspondió el campeonato.

El mismo O'Malley no pupo menos de reconocer que ese hombre de rostro de niño, tenía inapreciables facultades de jinete. Su estupenda maestría bien le valía el dineral de las apuestas que él le pagó con la venia del *sheriff* que reconoció que no podía haber otro cow boy que montara mejor que Bud.

Al hacer la entrega del dinero, el jefe de la banda preguntó a O'Malley:

—Usted es forastero, ¿verdad?

—Sí... vengo desde muy lejos.

El sargento se apartó de los montañeses.

Según sus deducciones eran gente de cuidado.

Estaría alerta.

Cuando la banda se alejó del pueblo, sin su jefe que, después de una brevísima permanencia más en Forked City se reunió con ella, O'Malley, a prudencial distancia, la siguió.

A poco, el *sheriff* encontraba una carta en su despacho.

Déciale:

Soy Big Yud, de la banda de Monte Calvo, y le agradezco los cinco mil dólares del premio ganado honradamente. Le advierto que además de saber montar a caballo sabemos otras muchas cosas.

Júzguese de la estupefacción de la suprema autoridad, de la cual los bribones se llevaron bonitamente mil dólares perdidos en la apuesta.

Era un caso grotesco.

O'Malley llegó hasta el pie de la serranía de

Monte Calvo, y prudentemente retrocedió, calculando como buen policía el peligro que correría si se aventurara más adelante.

—Nigger, por ahí no podemos entrar tú y yo mientras no tengamos un pasaporte—dijo a su caballo acariciándole el sedoso crin.

Entretanto, en el monte, Rosa, hermana de Bud, que cuidaba del campamento de la banda de pillos, decía a su hermano, que le había referido su hazaña caballística:

—¿Y qué vas a hacer, hermano, con todo el dinero que ganaste?

—Mandarte a un colegio.

—¿Y para qué mandarla a un colegio cuando ya sabe guisar tan bien?—objetó uno de los bribones.

—Mi hermana es muy exigente y no le gusta guisar para cualquiera—respondióle Bud.

Pero esta réplica no sentó bien al que se permitiera meterse en donde nadie le había llamado...

* *

De regreso O'Malley en Forked City, el *sheriff*—a cuya vera se puso para limpiar su caballo atándolo a una barrera—le miró con cara de sospecha y se dijo: «Este es uno de aquéllos».

Como sin motivo y pruebas no se puede prender a nadie, el *sheriff* se guardó bien de detener a O'Malley.

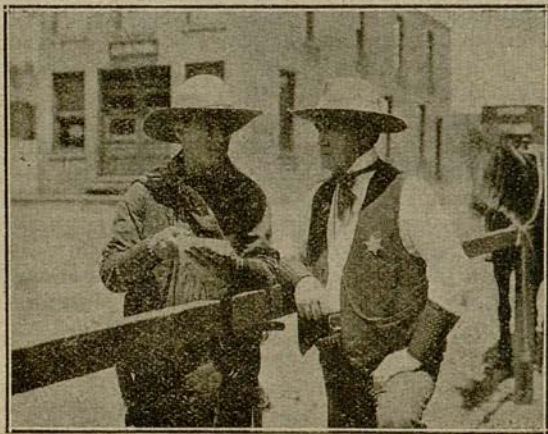
Pero, para dárselas de listo, le dijo:

—Un camarada suyo me dejó este recado.
Y le mostró el papel escrito por Big.

O'Malley, con su habitual frialdad, respondió:

—Tiene mala letra, pero sabe explicarse bien.

Y le devolvió el recado.



—Tiene mala letra, pero sabe explicarse bien.

Fiando en la superioridad que le confería el cargo que ostentaba, el *sheriff* añadió:

—Me parece que una de las cosas que vosotros sabéis, además de montar a caballo, es tener mucho descaro y mucha desvergüenza.

—¡Caramba! —exclamó O'Malley, fingiendo no haber oído el piropo del *sheriff*— ¡Qué di-

ficil resulta arrancar una espina de una manta de lana!

El representante de la autoridad no comprendió la alusión que O'Malley le dirigía por la tomadura de pelo que le habían hecho los montañeses, y simulaba, en efecto, que quería arrancar una espina de la manta de su caballo.

La metáfora equivalía a esta frasecita: ¡Qué difícil resulta reconocer uno mismo que se la han dado con queso!

Además haciendo alarde de no dormirse en el cumplimiento de su obligación, el *sheriff* dijo aún:

—Mientras usted ande por el pueblo, tendré los ojos muy abiertos. Se lo digo para que tenga cuidado y no haga ninguna tontería.

O'Malley —continuando la farsa— respondió:

—No se apure, yo le prometo que me portaré bien.

—Eso es lo que hace falta. Porque desde esta noche la banda de Monte Calvo tendrá que andar con mucho cuidado.

—Gracias por el aviso.

Marchóse luego O'Malley sonriendo, y a la vuelta de unos diez minutos se decidiría a llevar a la práctica un proyecto que planeaba para obtener el pasaporte para la sierra.

El método empleado fué sencillamente práctico aunque con sus muchos riesgos.

Su caballo le ayudó.

—¡Preparado, Nigger? ¡Adelante!— ordenó O'Malley al potro.

Y bruscamente irrumpieron jinete y caballo en el banco de Forked City.

El cajero, atemorizado por el cañón de la pistola del *bandido*, se puso a sus órdenes.

—Deme ese paquete de billetes—exigió el asaltador.

El cajero obedeció, y, complacido, O'Malley acicateó los flancos de Nigger y desapareció camino de la serranía.

La alarma cundió por todo el pueblo, el *sheriff* fué avisado y se organizó una expedición para perseguir al bandolero.

—¿Le vió usted la cara?—preguntó el *sheriff* al cajero del banco robado.

—No podría reconocerlo. Lo único que vi fué un enorme pistolón de 45, que me metió por las narices.

—Pues yo sí le conozco y sé por dónde va en este momento... Muchachos, es uno de los de la banda de Monte Calvo... ¡Persigámosle!

Así lo hicieron los de Forked City, y O'Malley veía realizado a maravilla su plan.

Al pie de la sierra apeóse el sargento, y ocultándose entre las rocas fué subiendo hacia la cima del monte.

El *sheriff* y sus hombres fueron advertidos por los centinelas de la banda, y se cruzaron numerosos disparos entre unos y otros.

En tanto que O'Malley lograba acercarse a los centinelas y disparaba en dirección a los partidarios del *sheriff*, pero desviando el arma a tiempo al objeto de no hacer blanco en ninguno de ellos. Este era su truco. Causar el efecto de que odiaba a aquéllos.

Al verle, los centinelas le detuvieron, y él se apresuró a explicar:

—La gente del *sheriff* me ha perseguido

desde Forked City, y sin duda me hubiese agarrado a no ser por vosotros, muchachos.

—Tendrá usted que hablar con el jefe.

Sonaron algunos disparos más y luego se hizo el mayor silencio. Los centinelas y O'Malley habían desaparecido por un atajo y los de abajo no podían ver rastro de nadie en aquellas peligrosas alturas.

—¡La misma trampa; el mismo sistema de siempre!—dijo el *sheriff* iracundo.—Es inútil. Un solo hombre bastaría a defender la entrada mientras que el resto huía por la sierra, con la seguridad de que nadie les alcance.

Retiráronse pues de allí los vaqueros de Forked City, en tanto que O'Malley era conducido a presencia de la banda por los centinelas.

Uno de éstos dijo al jefe:

—La gente del *sheriff* venía persiguiendo a este hombre, y nosotros le hemos dejado pasar, antes de darnos cuenta de que no era miembro de la banda.

Big, el capitán de los truhanes, reconoció, así como el resto de la banda, a O'Malley, por haber sido él el depositario de las apuestas de Forked City y después de observarlo detenidamente le preguntó su nombre.

—Me llamo Pat.

—¿Por qué te perseguía la justicia?

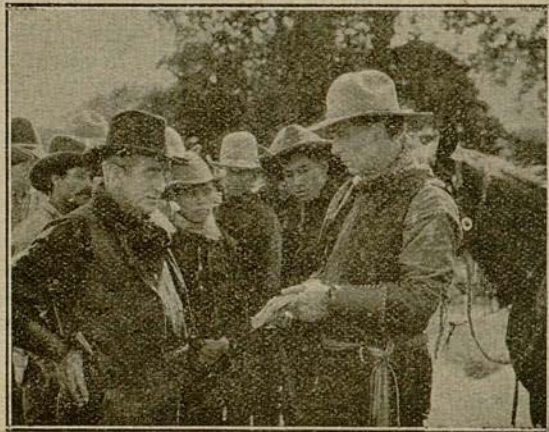
—He robado el banco de Forked City y he tenido que salir al galope... con los cinco mil dólares que aquí están.

Uno de los de la partida de bandoleros opinó codiciosamente:

—Podríamos quedarnos con sus cinco mil dólares y entregarle al *sheriff*.

Pero Big, no tan canalla como el que así había osado hablar—que era el odioso pretendiente de la hermana de Bud—dijo:

—No. Está fuera de la ley lo mismo que nosotros, y un hombre, que tiene pantalones su-



—He robado el banco de Forked City y he tenido que salir al galope...

ficientes para robar el banco de Forked City a plena luz del día, merece ser uno de los nuestros.

El mismo tipo de antes murmuró una protesta.

—Digo que se queda con sus cinco mil dólares y que se queda aquí—concretó Big de-

volviéndole el dinero a O'Malley. Y añadió—: En la casa hay una muchacha que le dará de comer.

O'Malley, satisfecho en su interior por el éxito de su combinación, arregló su caballo con cariño, mereciendo este detalle íntimos elogios de Big y de quienes le vieron.

Big dijo:

—Un hombre que cuida de su caballo antes de sentarse a comer, es un magnífico compañero.

Después de la elogiada operación, O'Malley se encaminó a la casita donde Rosa preparaba la comida de la banda.

La joven estaba visiblemente contrariada, y ello obedecía a la persecución amorosa de que era objeto por parte de Red Jaeger, el más sinvergüenza de los de la banda, el que quería quedarse con los cuartos robados por O'Malley, y entregar el ladrón al *sheriff*.

Mientras Rosa iba a prepararle algo de comer a O'Malley, Red repetía a Bud, delante del jefe y de varios compañeros:

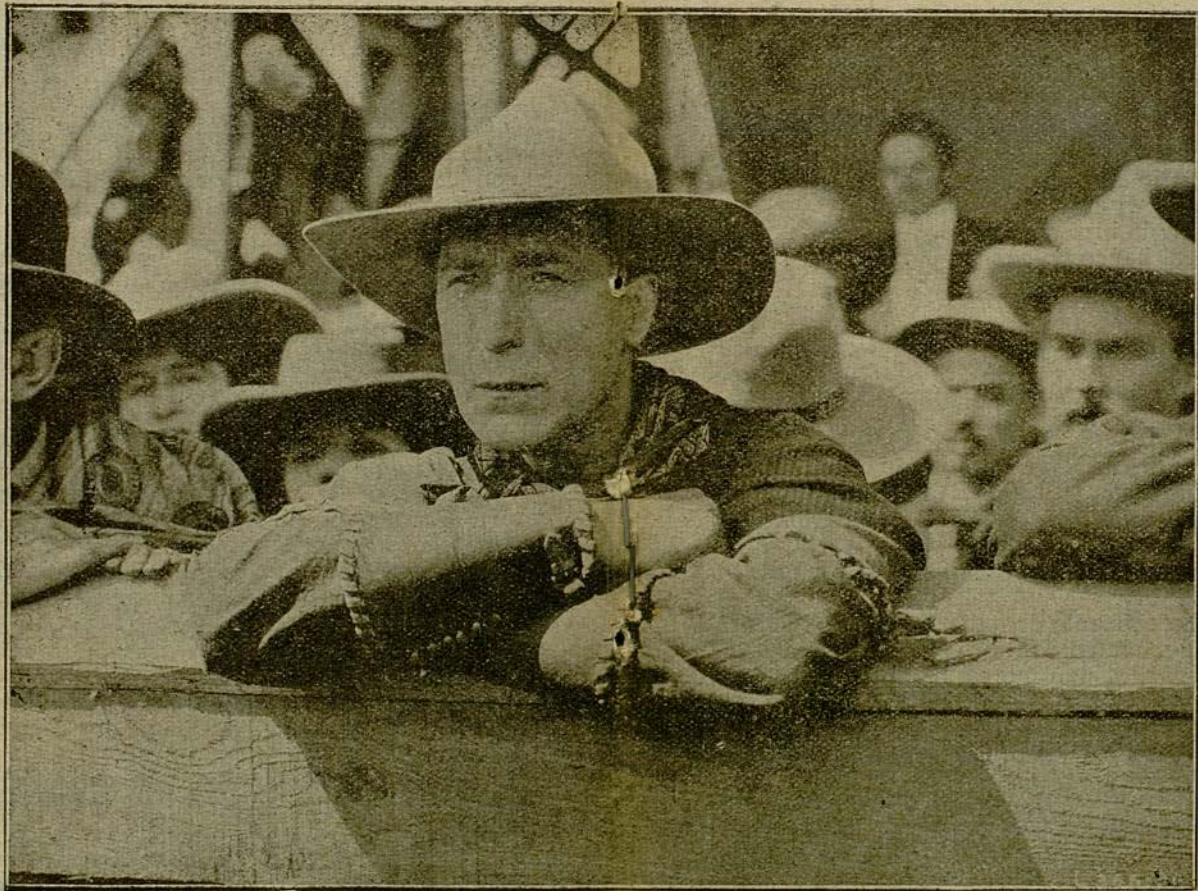
—Tengo algo que decir.

—Anda, dílo de una vez.

—En el pueblo vi a un pastor y tengo intención de traerlo aquí y hacer que me case con Rosa.

—Yo también tengo algo que decir, y digo que eso no se hará —protestó Bud furioso contra Red.

—Tú te callas. Si no te hubiera traído yo a este sitio y escondido entre nosotros, la Policía Montada te hubiera retorcido el pescuezo hace ya mucho tiempo.



O'Malley, simple espectador...

Bud protestó de nuevo, y Red acometió contra él, peleándose los dos y llevando desventaja Bud, que era menos fuerte.

—Basta ya de pelea—terció el jefe.—Ese forastero le quitó al banco, él solo, cinco mil dólares. ¿Cuánto calculáis vosotros que podemos agarrar entre todos juntos?

La banda hizo comentarios y se planeaba el asalto al banco en común.

O'Malley no dormía...

..

Reconocido y aceptado como uno de los miembros de la banda, O'Malley tuvo que montar, unos días después, la guardia en el puesto de los centinelas, y aprovechó la negrura de la noche para volver unos minutos a Forked City.

Al día siguiente de haber hecho ese viaje, el *sheriff* encontró a faltar encima de la mesa de su despacho, una bolsa de tabaco, pero, en cambio, encontró en su lugar una nota manuscrita con el siguiente texto:

Ahí están los cinco mil dólares. Póngalos en el banco hasta que vuelva por ellos.

Uno de los de la banda.

El cajero del banco entró en posesión del dinero y su asombro y el del *sheriff* no podían explicarse.

¡Vaya una cosa más rara, devolver el producto robado!

Al releer la nota que acompañaba el fajo de billetes, el cajero dijo al *sheriff*:

—Este recado parece más bien una advertencia que una amenaza.

—Es verdad... Este, además de saber explicarse, escribe bien—reconoció el policía.

—Es necesario estar prevenidos desde este momento.

—No estará nunca de más...

Mientras tanto, en el monte, el jefe reunía a los suyos, y les dijo:

—Queda entendido que asaltaremos el banco de Forked City en pleno día, el viernes.

Todos se mostraron de acuerdo, excepto Red, que se levantó y habló así:

—Antes de dar mi conformidad, quiero que quede arreglado otro asunto.

—Explicate, Red—dijo Big.

—Todos vosotros sabéis que, perseguido por la Policía Montada, Bud hubiera sido agarrado en menos que canta un gallo, si no hubiera sido porque yo los traje, a él y a su hermana, para que los protegiésemos todos los de la banda. Ella me gusta y estoy dispuesto a casarme. ¿Quién tiene derecho a llevarme la contraria?

Nadie se molestó en hacer la más mínima objeción a Red, porque a ninguno le interesaba meterse en aquel asunto.

El jefe hizo lo propio que su gente.

No obstante, Bud se mordía los puños de rabia ante el triunfo de Red; Rosa, presa de

terror, se estrechaba contra su hermano; y O'Malley, el bravo sargento, sentía que su sangre se agolpaba a su cerebro y que no tendría fuerza para contenerse.

En vista de que su deseo no era combatido, Red terminó:

—Como veo que nadie se opone, esta noche misma iré a buscar al pastor.

Entonces O'Malley hizo oír su voz:

—¡Yo me opongo! ¡No hay derecho a obligar a una pobre muchacha a casarse con un hombre de tu calaña! —dijo enfrentándose con Red.

—Te voy a retorcer el pescuezo.

Rosa, asombrada, se estrechó con más temor que antes contra el pecho de su hermano, que latía desacompasadamente, y cerró los ojos para no asistir a la terrible lucha que se preparaba.

A la bravata de Red, O'Malley respondió con gallardía:

—Pruébalo.

Y los dos hombres, el villano y el noble, rodaron por el suelo, hiriéndose sus carnes.

O'Malley luchaba como los buenos, con los puños como única arma, y con ellos se bastaba para castigar al repugnante Red.

Mas éste, dotado de malos instintos, usó de su revólver y de un balazo desgarró la carne de un brazo del sargento.

El dolor hizo vacilar un instante a O'Malley; pero sólo fué un instante, tras el cual prosiguió la lucha con furor con el brazo útil.

Red perdió el revólver de un soberano puñetazo, y fué obligado a morder la tierra a una nueva acometida de O'Malley.

—¡Socorro, Big! ¡Que me mata!—clamó el miserable vencido.

Dejóle en paz O'Malley, y entonces el jefe, reconociendo la bajeza de Red, contestó a su súplica:

—Te debía matar.

Y lo mismo que del jefe, Red mereció el desprecio de todos.

Rosa y Bud, agradecidos, auxiliaron a O'Malley, apartándose de los demás.

El sargento simulaba no sufrir, tal era la alegría que experimentaba cuando hacía una buena acción, pero su dolor era muy vivo.

La carne desgarrada arrojaba sangre de fuego.

Rosa, agradecida y emocionada por la generosidad de O'Malley que se jugara la vida por ella, le hizo objeto de sus más tiernos cuidados.

El sargento, que ya tuviera antes ocasión de apreciar la bondad y hermosura de Rosa, para sentirse gratamente impresionado cada vez que la veía, la miró con los ojos de su alma, y ella sostuvo la mirada.

—Gracias —musitó la mujer.

O'Malley le estrechó la mano con que ella le acariciaba el brazo herido, y la volvió a mirar... y ella sostuvo de nuevo la mirada...

Bud, maldiciendo a Red, a quien creía capaz de la más vil traición, dijo a O'Malley:

—No debiste dejarle. Debías haberle matado, lo mismo que yo maté a...

Aquí detuvo su furiosa frase.

Rosa, cuya confianza en O'Malley era ya ilimitada, objetó a su hermano:

—Bud, ¿por qué tienes miedo de hablar? ¿No es uno de los nuestros?

El bandolero iba a hablar entonces en confianza.

Pero el sargento O'Malley, dándose cuenta



—Gracias—musitó la mujer.

de que aquel joven era el hombre que buscaba, comenzó a sentir, por primera vez en su vida, que su corazón se angustiaba horriblemente ante la idea del cumplimiento del deber, y dió hondos suspiros de dolor para evitar que Bud le dijese toda la verdad. El era fuerte... pero todo a la vez sería demasiado.

Rosa, consolándole, dijo con cariñoso acento:

—Duele, ¿verdad?

—Sí, pequeña. Duele, y mucho.

¡O'Malley amaba a Rosa!

*
*

El día designado para el asalto del Banco. O'Malley no pudo tomar parte en la operación a causa de su herida y se quedó en su sierra con Rosa.

El sargento estaba triste, y en su pecho de hombre de conciencia libraban ruda lucha dos sentimientos opuestos: el deber y el amor.

Rosa, que no se apartaba un momento de O'Malley desde que fuera herido por su culpa, le contó sus cuifas cuando se encontraron solos, para desahogar su pena en un amigo tan noble como él.

Y por la mujer que encendiera en él la pasión primera de amor, O'Malley supo la verdad que él buscaba descubrir.

—... Se llamaba La Grange e incendió nuestra casa y secuestró a mi hermana. Ella, la pobre, murió luchando por defenderse de aquel desalmado. Bud le siguió hasta el Canadá, y una noche se encontraron; surgió la lucha, como la que usted sostuvo por defenderme a mí; mi hermano era el más fuerte... y le mató. ¡Oh, qué horror!.. Cuando mi hermano volvió, temeroso de la persecución de la Policía Montada, vino hacia el Sur conmigo. Entonces Red Jaeger encontró a Bud y nos trajo a este refugio,

diciendo que ninguno de la Montada podría llegar hasta aquí. ¿Hizo o no bien mi hermano en matar a La Grange en la lucha?

O'Malley, siguiendo el dictado de la razón, dijo:

—No matarás —manda Dios— pero también prohíbe que se haga daño al prójimo.



—Duele, ¿verdad?
—Sí, pequeña. Duele, y mucho.

Y el dilema del amor y del deber era cruel para el incorruptible representante de la autoidad.

—¿Cree usted que los de la Policía Montada perseguirán siempre a mi hermano?—preguntó Rosa.

¿Qué opinaba el noble sargento?

¿El deber, el ciego deber, se impondría arrollándolo todo?

Un hombre recto no puede vacilar en los momentos en que ha de quedar demostrada su rectitud.

Y el sargento, atento a su conciencia, que le guió siempre en todos sus actos, dijo:

—No, creo que no.

—Menos mal que hasta ahora no han dado con nosotros —consolóse Rosa.

Y, O'Malley, contemplándola tan bella, tan dulce, tan buena, se perdonaba la traición que hacía a su oficio...

En Forked City, Red, el miserable Red, vendía a sus compañeros momentos antes de la aparición de éstos en el pueblo.

Hablaba con el *sheriff*.

—Pudo costarme la vida al venir, pero quiero advertirle... La banda de Monte Calvo vendrá a asaltar el banco dentro de una hora, de manera que le queda poco tiempo para prepararse.

—Entonces, tú eres el que escribió esto, ¿verdad?

Red leyó el papel que le enseñaba el *sheriff* y descubrió lo que hiciera O'Malley con el fajo de los 5.000 dólares.

Ese papel bastaría a su acusación, y se le ahorcaría por traidor.

¿Por traidor?

Sí. Porque la banda iba a ser recibida en el banco de Forked City a balazos y regresaría a la sierra diezmada. Alguien debía de ser

el traidor que avisara al *sheriff* acerca del asalto, y con el papel escrito por O'Malley, la culpa recaería en él.

Esto era muy sencillo.

Y así sucedió.

Pues arrojados del pueblo a tiro limpio, los bandoleros volaron hacia su guarida.

Faltaban tres.

Esto necesitaba una explicación.

—Entre nosotros hay un traidor—dijo el jefe—. ¿Quién ha sido el que ha vendido a sus compañeros? ¿Nadie? Es increíble que la gente de Forked City adivinase que íbamos a visitarla para recibirnos como lo ha hecho. ¿Quién es el miserable? ¡Pronto!

Red se levantó de la reunión y acusó:

—Sí, jefe, hay uno aquí que tiene la culpa, porque fué a avisar que se preparasen, y ese uno estará colgado de un árbol por el pescuezo mañana al despuntar el sol. Está sentado entre nosotros, y lo puedo probar. Ese es.

Señalaba a O'Malley.

Rosa, instintivamente, se abrazó al sargento, como para defenderle de la calumnia.

O'Malley, viéndose descubierto, no sentía la muerte que le esperaba, sino salvar el pellejo de Red con el suyo.

Pero nada podía hacer en su defensa. La banda, enterada del papel que dejara en la oficina del *sheriff* con el dinero, le acusaba en pleno. Era su letra. Y el escrito hablaba de los 5.000 dólares. Y los 5.000 dólares él no los podía enseñar para poder negar que era suyo aquel papel.

El jefe dictó el castigo que debía sufrir:

—Eres un espía, bien demostrado queda. De aquí a la salida del sol verás delante de tí la cuerda colgando de un árbol y apenas rompa el alba de allí colgarás tú también.

Rosa estaba desesperada y su hermano no estaba dispuesto a consentir en la muerte de su valeroso amigo.



Rosa, instintivamente, se abrazó al sargento,...

A solas los dos hermanos, idearon un plan, y cada cual por su lado actuaron para el logro del mismo.

Rosa fué al encuentro de Red, que cobarde-mente ultrajaba de dicho y hecho a O'Malley amarrado a un árbol, y despreciando al *Judas de sus compañeros, condenado a morir*, sonrió al que la pretendía y le dijo:

—Perdona, Red, mis antiguos desdenes. Tú vales mucho más que este infame. Nos casaremos cuando quieras, porque ni mi hermano ni yo nos separaremos nunca de la banda.

Red, embabiecado, escuchaba a Rosa, y nose fijó en que ésta deslizaba un cuchillo a O'Malley, para que con él se librara de sus ligaduras.

..

Cuando la luz comenzó a dar color a las cosas, Red quiso ser el primero en anunciar a O'Malley que ya le había llegado la hora de morir, y así lo hizo.

Además, trayéndole a su presencia el precioso potro que montaba — el majestuoso Nigger — le dijo:

—Como le tienes tanto cariño a este caballo, haremos que él te ayude a encaramarte hasta la cuerda.

Luego, aprovechando el buen momento, Rosa hizo una señal a O'Malley, y éste, cuyas ligaduras eran, desde la noche, apócrifas, corrió hacia donde le esperaban los hermanos, y huyeron.

Su fuga fué notada en el acto, y la banda se lanzó en su persecución.

O'Malley vió a Red cabalgando su potro, al frente de los bribones, y se jugó la última carta para cortar el paso y arreglarle la cuenta, y venció en su intento, pues el miserable cayó de caballo, matándose, y O'Malley huyó sobre Nigger.

Por su parte, Bud había trabajado también con acierto, ya que gracias al empleo de unos cartuchos de dinamita, quedó interceptado en su camino el paso de los perseguidores.

Momentáneamente fuera de peligro, O'Malley dijo a Bud, con pesar:

—¿Por qué me has ayudado?



Cuando la luz comenzó a dar color a las cosas...

—Luchaste por mi hermana sin preguntar ni averiguar nada — respondió Bud. — Sigamos adelante. No estaremos a salvo de la banda hasta que atravesemos la frontera.

Obedeció el sargento, a gusto de Rosa, que verdaderamente le quería con toda su alma, pero el remordimiento no le dejaba vivir...

¿Qué dirían sus fefes y compañeros al enterarse de su cobardía?

.....

Cabalgando hacia la frontera, y a cuatro horas de la misma, los hermanos Rosa y Bud manifestaron deseos de detenerse en un terreno arrasado tiempo atrás por un incendio, en donde se alzara su desaparecido hogar.

Rendida de fatiga, Rosa durmióse.

Bud lloraba la muerte de su hermana, en cuya venganza mató a La Grange.

El sargento tomó entonces una determinación.

Decididamente, él no podía detener a aquel muchacho.

¡No, no podía! El deber—según él—mandaba en este caso consideración, piedad, perdón.

Pero de todos modos regresaría a dar cuenta a su Capitán de la misión que le encomendará.

Antes de marcharse, sin que lo advirtieran los dos hermanos, O'Malley les dejó una nota que encontrarían al despertarse al nuevo amanecer.

.....

Aquella misma noche, el sargento volvió al cuartel.

El informe que hizo al Capitán fué extraordinario. Refirió punto por punto lo sucedido, y antes de llegar al final, antes de confesar la cobardía, preguntó al oficial, a quien el relato había conmovido:

—Ya lo sabe usted todo, mi Capitán. En-

contré al asesino y a su hermana, que le acompaña. ¿Qué hubiera hecho usted en mi lugar?

El Capitán adivinó el alcance de la pregunta, y contestó, convencido:

—Habría cruzado la frontera y los hubiera dejado allí.

O'Malley respiró profundamente; sus ojos chispearon de alegría, y confesó:

—Eso es precisamente lo que yo he hecho mi Capitán.

Pero añadió:

—Este es mi informe... y con él va mi dimisión.

El Capitán juzgó el sacrificio que el veterano se había impuesto para renunciar a cumplir, a pesar de todo, con su deber, y no permitió que abandonara el puesto con la menor sombra de reproche a sí mismo.

Y estrechándole una mano, le dijo:

—Sargento O'Malley, hace seis años vino usted a presentar su primer informe, con la frente muy en alto. Ahora tiene usted derecho a salir por esa puerta con el mismo orgullo y con la misma franca mirada con que entró.

—Gracias, mi Capitán.

Y de agradecimiento perláronse sus ojos...

.....

Al despuntar el alba, Rosa buscó a O'Malley, mas sólo vió de él estas rayas:

Soy sargento de la Policía Montada, pero me voy sin llevarme a su hermano. Si puedo regresar, estaré aquí dentro de tres días... porque te amo.

Bud tuvo una ocasión más de apreciar la hidalguía de O'Malley.

Y Rosa, besando el escrito del primer hombre amado, anhelaba su regreso.

El regresaría, sí... y, otra vez juntos, comenzaría para ellos una vida de amor y de ventura...

Y las cenizas del pasado volarían al soplo de la felicidad.

FIN

Prohibida la reproducción.

Este número ha sido sometido a la previa censura militar

PRÓXIMO NÚMERO

EXTRAORDINARIO

SÁBADO, día 29 de Noviembre

la preciosa comedia dramática sentimental

RESPETAD A LA MUJER

Creación de los célebres artistas:

FLORENCE VIDOR y THEODORE ROBERTS

Gran asunto : 64 páginas : 20 fotografías

Postal-fotografía: BÁRBARA BEDFORD

Precio: 50 céntimos

Compre usted el mismo SÁBADO, DIA 29,
este bonito número